



Fotógrafos extranjeros en la GCe (zona republicana)

Robert Capa en España

Rev 2.5 enero 2018 Nc

Robert Capa - André Friedmann, en España



Robert Capa (1913-1954) cuyo nombre de nacimiento era Endre Ernő Friedmann, había nacido en Pest en una familia judía. Sus familiares cuentan que ya nació con el pelo negro que le caracterizó hasta su muerte, además de poseer en una mano un pequeño dedo extra que le sería extirpado posteriormente. Sus padres regentaban un sastrería, salón de modas se decía entonces, en la Budapest del imperio austrohúngaro. El alma del negocio era su madre, Julia Berkovits, que era también la matriarca de la familia. El padre, Dezső Friedmann, era el sastre principal, pero no le tenía ninguna afición al trabajo duro, por contra de sus esposa. Esto convertía el hogar de los Friedmann, en palabras de Robert, en una larga batalla campal. Dicen que Endre heredó las virtudes y defectos de ambos progenitores, el amor al trabajo bien hecho de su madre y la picaresca e ingenio de su padre.

La familia vivía desahogadamente aunque sin alharacas. Y los Friedmann tuvieron tres hijos, Lázslo, Endre y Kornel. El favorito de la matriarca era Endre (futuro Robert Capa) al que los familiares llamaban Bandi, que crecía demostrando, al parecer de la madre, grandes virtudes, una gran autoestima y confianza en sí mismo, según nos relata Richard Whelan en su biografía de 1985.

La gran guerra y la subsiguiente revolución trastocaron el universo de los Friedmann como se lo trastocaron a todos los habitantes de Hungría. A la derrota y tras el tratado de Trianon que liquidaba el imperio austrohúngaro y privaba a Hungría de muchos de sus territorios, los húngaros vivieron unos meses de fervor patriótico que culminaron en la revolución encabezada por el carismático líder bolchevique Béla Kum. Rumania que había participado en la guerra como fiel aliada de Francia encabezó la ofensiva contra el ejército rojo de Béla Kun que había tenido algunos pequeños éxitos en Eslovaquia disputando territorios a los checos. Los rumanos, con un ejército veterano y bien engrasado por Francia entraron en Budapest acompañados de los ejércitos blancos enemigos de los comunistas y encabezados por el sanguinario almirante Horthy, un húngaro antisemita y reaccionario que además de colaborar con los invasores rumanos implantó una larga dictadura personal y colaboracionista con Hitler que en sus primeros años se distinguió por un desatado terror blanco, especialmente antisemita, por si el terror desatado por los rumanos hubiera sido poco. En la Europa central, tras la guerra y la revolución rusa, judío y bolchevique era lo mismo. Aun así, los Friedmann tuvieron la suerte de vivir en un barrio acomodado de Budapest lo que les evitó sufrir lo peor del terror blanco y antisemita.

En la adolescencia, Bandi (Endre) conoció a tres hermanas vecinas que amen de traerle loco a esa peligrosa

edad, una de ellas, dos años mayor que se llamaba Eva, poseía una cámara Kodak Brownie, y juntos realizaban incursiones fotográficas por Budapest que despertaron temporalmente la afición en Bandi por la fotografía. Esta chica terminó dedicándose a la fotografía profesional en Berlín.

La crisis del 29 afectó duramente a la empresa familiar, teniendo los hijos que ponerse a ayudar, pero el jovencito Bandi no tenía ninguna intención de dedicarse a estas menestrales ocupaciones, pues veía como su madre se mataba a trabajar para no terminar nunca de salir a flote, y ya con diecisiete años trabó contacto con intelectuales y artistas izquierdistas como Lajos Kassak, poeta, novelista, pintor y artista gráfico, a más de editor socialista, que le introdujo en el mundo de la resistencia contra el tiránico gobierno del almirante Horthy, formando un círculo de pensamiento rebelde alrededor de la revista Munka de Lajos Kassak. El inicio de la década de los treinta en Budapest y la marea revolucionaria impulsada por la prensa liberal y de izquierdas, y los círculos intelectuales y artísticos judíos, influenciaron el ánimo del joven sin definir que todavía era Bandi. Tras una huelga general convocada por la Confederación de Sindicatos Húngaros fue herido en las manifestaciones y más tarde detenido por la policía y duramente maltratado, saliendo de comisaría gracias a los conocimientos de su madre con ricos judíos con contactos en el gobierno, con la condición de que Bandi abandonara el país.

La situación familiar no daba para pagar los estudios de Bandi en Alemania, pero gracias a organizaciones benéficas judías que se dedicaban a estas tareas, dado el creciente número de jóvenes judíos húngaros lanzados al exilio por la represión policial del almirante Horthy, el asunto se solucionó con unas cartas de presentación pensadas para presentarse en cada ciudad por donde pasara en solicitud de ayuda de la comunidad judía local. Así empezó la gran marcha de Endre Ernő Friedmann, futuro André Friedmann, futuro Robert Capa, en julio de 1931, cargado de provisiones, con poco o ningún dinero, y con pantalones bombachos. Dice su biógrafo Richard Whelan, que no tenía edad para llevar pantalones largos pero sí para ser exiliado político. El radical independiente que era Bandi inició su agitada andadura, por caminos, carreteras, hoteles, pensiones, habitaciones de fortuna, amigos y amigas, y donde, en sus propias palabras, nunca recalaría más de dos meses en ningún local, habitación u hotel. Compañeros permanentes fueron su ingenio de superviviente, su desapego de las cosas, su radical independentismo, su, en el fondo, cinismo vital, y su espeso pelo negro de cingaro más que de judío. Para ir tan solo, llevaba casi un gang en el coco.

Berlín

La Europa Central de los años treinta estaba llena de tiernos mendigos sentados en los bancos de las estaciones esperando el tren de la fortuna, aunque llevaran impreso en el rostro el certificado de haber tenido una infancia mejor. Viena, Brno, Praga, Dresde y finalmente Berlín, eran la romería del exilio húngaro. Hungría exportaba jóvenes que querían llegar a Berlín, a París, a Londres, o a ¡América! Y la solidaridad húngara funcionaba exitosamente desde Budapest a Los Ángeles. En Berlín, pese a que las calles se habían puesto muy plomizas (pardo, sería más correcto) con la presencia de los nazis en las calles, en Berlín, digo, Bandi se reencontró con Eva, su amiga fotógrafa de la adolescencia, quien ya oficiaba de reportera y retratista. Allí conoció

al artista constructivista György Kepes, artista húngaro consagrado en Berlín. El "constructivismo" era una tendencia artística que quería emular artísticamente el quehacer de los proletarios que construían el mundo, aportado los artistas así su grano de arena a la tarea de la revolución mundial, esta vez por las artes. En Rusia tuvo mucho éxito al principio de la revolución, pero a Stalin que se le ponía fácilmente la mosca detrás de la oreja contra todo lo que sobresaliera más que su persona, los acusó de individualismo pequeño burgués, blandas pero engañosas palabras que significaban muchas veces la muerte, el destierro, o el ostracismo más brutal: la muerte artística, como le pasó al doctor Zhivago en la gran novela de Boris Pasternak. Mientras tanto, en Berlín, el constructivismo triunfaba en todas las artes. Esta suerte de maquinismo futurista, sello de los tiempos, marchamo de las revoluciones sociales de izquierdas (comunismo y anarquismo) y de derechas (fascismo y nazismo) tuvo grande influencia en la vanguardia, así se decía entonces, de las artes gráficas y cinematográficas. Un hijo suyo "el montaje" desembarcó en la fotografía artística y reportera. A los ojos de hoy, el montaje fotográfico y cartelístico nos transmite una gran ingenuidad, pese a que se evidencia que por una vez, el logical fue por delante del material.

Apadrinado por Kepes, Bandi se relacionó con las vanguardias artísticas berlinesas revolucionarias. Bandi comprendió poco la agonizante situación de la República de Weimar en 1931, pero si entendió lo evidente, que su persona, extranjero, judío e izquierdista, era el material idóneo del que se nutría la amenaza nazi. Fue entonces cuando Ender Ernő Friedmann se hizo antifascista por convicción y radical por la situación personal. Tembló cuando vio la suicida estrategia de la socialdemocracia y sobre todo de los comunistas, que lanzaron el eslogan de "Después de Hitler, nosotros", donde se entreveía que había que dejar tomar el poder a Hitler para que clarificara el panorama político de la agitada Alemania del inicio de los treinta y luego desalojarle. Semejante ingenuidad, si no estupidez, le abrió los ojos a Bandi y le prepararía para los avatares del futuro. Para su formación, Bandi se había inscrito en la escuela alemana Hochschule de estudios políticos. Malvivía con lo que le mandaba su familia y se alojaba en una mugrienta pero barata habitación. Como todos los que se encuentran en la situación de dormir en la miseria, Bandi se pasaba el día en la calle, incluso la noche, Participaba en cursos, coloquios y tertulias que patrocinaba esta escuela de élite patrocinada por la social democracia alemana más ilustrada, una escuela que era una rara avis en la anquilosada enseñanza alemana que no se había desprendido todavía del asfixiante marchamo prusiano. Además, donde más pronto caló el nazismo fue en las instituciones universitarias, y los grupos de bárbaros estudiantiles eran muy violentos y además gozaban de impunidad policial. La crisis económica afecto a su familia, que dejó de mandarle el poco dinero con el que sobrevivía. Se vio en la necesidad de buscar trabajo, lo que era difícil para un tipo que no sabía hacer nada fabril o menestral y que además apenas hablaba alemán debido a que principalmente se relacionaba con compatriotas. Aguantó lo que pudo en la pensión, llegando a robarle la comida al perro de la patrona, hasta que decidió pedir ayuda a una familiar lejana casada con un rico industrial alemán que le aguantaron una semana, pero que fue suficiente para aclarar sus ideas. Tenía 18 años, no tenía un duro, no podía volver a su país, era judío en Alemania, y muchos de sus amigos se encontraban en la misma situación. Se haría fotógrafo, que era la manera más fácil de ser periodista sin depender del idioma. Su amiga Eva le aconsejó que estudiara fotografía, ¿pero cómo? si era prácticamente un indigente. De nuevo fue su protector Kepes el que le presto una cámara, una Voigtländer de 6x9 cm. que al parecer no usaba.

Con cámara o sin ella, sin marcos no había manera de oficiar. Así que de nuevo, recibió ayuda de judíos húngaros de izquierdas. En concreto el señor Guttman director de la agencia Dephot (Servicio fotográfico alemán) le dio un puesto de ayudante de revelado. Había contactado con este antiguo espartaquista a través de un grupo de judíos estudiosos de la Cábala, reuniones a las que asistía Bandi buscando posibles relaciones laborales. Simón Guttman, director de Dephot fue otro de los protectores de Bandi Friedmann. El ambiente de trabajo, a la carrera, como en toda agencia fotográfica de la época, entusiasmó a Friedmann, que además conoció a señalados profesionales alemanes como Otto Umbehr, "Umbo", antiguo alumno de la Bauhaus, y fotógrafo autodidacta, dadaísta, bohemio y desprendido. Un ejemplo para Friedmann. Pero tenía más. Estaba Felix H. Man (Hans Felix Sigismund Baumann) la estrella del establecimiento que había sido oficial en la Gran Guerra, donde se había iniciado en la fotografía. Era un fotógrafo amante de lo distinto, de las sombras de la ciudad y de la nocturnidad, de los desprotegidos y los raritos. Fue muy conocido por un reportaje que le hizo a Mussolini en 1931, donde evidenció la pequeñez del personaje en un escenario que parecían los decorados para una película de pulgarcito, un despacho producto de la megalomanía del dictador. Hitler tendría uno igual o aún mayor. Fotógrafos aparte, Friedmann trabó gran amistad con el redactor de la agencia, Ladislaus Gluck, un húngaro comunista que había trabajado para la administración de Bela Kun y que se encargaba de contextualizar las fotografías antes de entregarlas a las editoras. El negocio era poco rentable y tenía más gastos que beneficios, donde nadie pagaba nunca y donde se sobrevivía con desparpajo sobre todo aquellos que vivían en las profesiones artísticas. Friedmann no fue una excepción y pasó fatigas en un empleo en el que hacía de todo menos cobrar a tiempo.

La situación en Berlín se agudizaba según los nazis cogían confianza por sus éxitos electorales. Muchos húngaros, más si eran judíos, volvieron a la tierra, como Eva Besnyö y el propio György Kepes que se encontraba enfermo, ambos temerosos ante la amenaza nacional-socialista. Friedmann se vio solo, sin dinero, salvo esporádicos envíos que la familia de su madre, emigrada a Nueva York le enviaba. Perdió su alojamiento y regreso al fondo de la indigencia durante una temporada hasta que gracias a un trabajo fotográfico recibido de la India y que Friedmann reveló y catalogó con esmero, el director Guttman decidió darle una oportunidad como fotógrafo cediéndole una Leika. ¡Una Leika! Y además le empezó a encargar trabajos sencillos para que cogiera experiencia. Destaca su reportaje de la visita de Troski a Copenhague que fue publicado por Der Welt Spiegel en noviembre de 1932.

En enero de 1933, la situación política se complicó y la amenaza nazi se hizo real, más, tras el incendio del Reichstag. Friedmann, aconsejado por sus amigos, pidió ayuda a las Organizaciones Judías de Ayuda y salió legalmente del país con su pasaporte húngaro, rumbo a Viena. Allí se puso en contacto con Harald Lechenperg, el fotógrafo cuyos negativos había revelado Friedmann sobre la boda del rajá de Patna en el Punjab, y que habían motivado el ascenso de Friedmann, quien le facilitó alojamiento en su propio domicilio que compartía con su madre, además y para mayor suerte, le contrató como ayudante. La vida de Friedmann mejoró, aunque la madre de Lechenperg le tenía prohibido hablar más de una hora de política en las tertulias nocturnas que se organizaban en la casa. Al parecer Friedmann se ponía muy pesado. Para colmo, la situación política de Austria no le iba a la zaga a la agitada Alemania, cuando el dictador Dollfuss tomó el poder, acabó con las libertades, las reales y las formales, formando una alianza con la fascista Italia, para tratar de detener el pangermanismo nazi, en una

Austria ya marcadamente ultra-católica, antisemita y para fascista. Ser rojo o judío y centroeuropeo era un mal negocio en los años 30.

Y tras algunas vicisitudes, luminosas unas y sombrías otras, Friedmann retornó a Budapest gracias a las gestiones de su padre y de nuevo con la condición de que no se metiera en política. Su familia había perdido la sastrería y pasaba estrecheces, tanto es así que se habían mudado a un barrio obrero, donde el padre, la madre y el hijo mayor seguían haciendo trajes para las clases medias bajas. Bandi consiguió un trabajo temporal de fotógrafo que se traducía en hacer instantáneas de edificios y zonas interesantes de Budapest. No era mucho pero le permitía seguir tirando. Había pasado dos años en el extranjero, y al poco de retornar, ya hacía planes con su antiguo amigo Csiki Weisz para largarse a París con el beneplácito de la policía del Almirante Horthy. Sacaron billetes para Viena con la intención de alojarse en casa de Harald Lechenperg, pero éste no estaba y tuvieron que alojarse en una pensión muy conocida por los amigos del viejo Lajos Kassak, de cuando este hubo de exiliarse a Viena. La pensión estaba regida por dos hermanas bondadosas y nada ocurría si no se abonaba la cuenta. Buscaron algunos trabajos de poca monta, aunque Friedmann consiguió trabajo en una agencia local. Pero no había manera de ahorrar. Desesperados, Friedmann empeñó las cámaras de la agencia, y con este monto y tras recibir un préstamo de antiguos clientes de su madre, emprendieron viaje a París, mientras en la agencia ponían el grito en el cielo al ver las papeletas de empeño que nuestro protagonista les dejó en la mesa.

París.-

Llegaron a la estación del Este, llovía, hacía frío. No sabían una palabra de francés y tenían una indisimulable pinta de refugiados. Pero Bandi Friedmann no se amilanó, él tenía facilidad para los idiomas. Encontraron una habitación en la peor zona del barrio latino. Primero que nada Bandi decidió usar el nombre con el que se había matriculado en la Hochschule de Berlín, André Friedmann, usada entonces con la intención de despistar al enemigo. Y así se presentaba en todas partes, André Friedmann. Cuando se les acabó el dinero las pasaron canutas, nada nuevo, Friedmann era experto en encontrar maneras de no pagar alquileres jamás, y estaba licenciado en conseguir sustento, manutención a lo que fuera en tiempos difíciles. Si las cosas se ponían feas recurrían a sustraer alimentos de las rebosantes tiendas parisinas. Algunas veces tuvieron que huir al galope. No era plan. Si la policía les detenía serían deportados ipso facto. Pero la lista de conocidos benefactores se agotaba, y además la mayoría de ellos se encontraban en pareja situación. La habilidad de André y sus compañeros de fatigas para sobrevivir sin cuartos en la oronda París, parece proverbial, legendaria. Tenían trucos para todo, el sablazo a doble acera, el truco del medio croissant (comerse cinco y pagar uno legalmente jugando con las mitades). Como no pagaban el alquiler nunca, metían en la habitación a todo el refugiado político o económico que se encontraban, y así la habitación era el camarote de los hermanos Marx. Alguien les comunicó que habían batido el record de impago del alquiler de París. La ley francesa no permitía desalojar a los huéspedes morosos, aunque podían cortarte el agua, la luz, el gas, y hasta dejarte sin tus pertenencias. De modo que la pareja cambiaba de habitación o de hotel continuamente para no tener que pagar nunca.

Durante esta época en París, la marea arrastró a los exiliados centroeuropeos en París al barrio de Montparnasse, los miserables hoteles de la Rive Gauche. Mal soportados por los franceses que tenían una nueva guerra y que se estaban escorando peligrosamente hacia la derecha más reaccionaria e insolidaria, los exiliados se organizaban para sobrevivir, función que desarrollaban en la calle y los cafés del barrio que eran centro de vanguardia y de creación para extranjeros sin un céntimo. Funcionaban algunas asociaciones de auto ayuda como la Asociación para la Protección de los Escritores alemanes en el Exilio, que estaba dirigida por eminentes comunistas como Gustav Regler, Arthur Koestler y otros...

André y sus amigos vivían en la calle y por tanto estaban presentes en cualquiera que fuese el acontecimiento literario, político o artístico donde hubiese refugio caliente y a veces café y bollos. Pero también eran sitio para conocer amigos que a veces traían oportunidades, pequeñas oportunidades que marcaran la diferencia. Así conoció a futuros e importantes fotógrafos como la refugiada Gisèle Freund o el célebre, hoy, Hans Namuth y sobre todo al judío polaco, uno de sus mejores amigos, David Szymin (Seymour), más conocido por Chim, que representaba la antítesis de lo que era Friedmann. Chim, era bajito de cara ancha y medio calvo. Era un profesional serio y honesto y tenía trabajo en el semanario comunista Regards. Szymin sabía que era judío y como tal se sentía, no como Friedmann al que el judaísmo le importaba un bledo. Además Chim conocía el francés y tenía relaciones. Forjaron una amistad que les duraría toda su no muy larga vida. Capa moriría en Vietnam en 1954 y Chim en el canal de Suez cubriendo la intervención franco-inglesa contra Nasser en noviembre de 1956.

La pareja intercambio virtudes y defectos en beneficio de ambos. Friedmann le dio vidilla a Seymour y cierto cinismo que le hacía buena falta para relacionarse en el duro mundo del foto periodismo. Chim le bajo un poco los humos al agresivo Friedmann. Chim le habló a Friedmann de otro fotógrafo amigo suyo, Henri (Cartier-Bresson) que tras hacer pinitos en la pintura se decidió por la fotografía y el surrealismo, muy en boga entonces. Era esta una tendencia artística que consistía básicamente en buscarle las vueltas al objeto artístico para que ni su padre lo reconociera y molestar a todo el mundo que no tuviera amplitud de miras. El caso es que Henri era un francés rico, irico! y además, como era un tipo formidable, no le hacía ascos a nadie pese a ser casi aristócrata. Casaba más con Chim que con Friedmann en gustos artísticos y personales pero al igual que Chim se rendían ante el empuje y desparpajo del joven Friedmann que tenía 20 años, 22 tenía Chim y 25 Henri.

Los tres amigos se hicieron inseparables y llenaban sus interminables noches de animadas tertulias donde analizaban el porvenir de la fotografía periodística y el propio, y sobre todo, siendo los tres antifascistas, el negro porvenir de la Europa de entonces, atrapada entre la cobardía franco-inglesa, las bravuconadas de Hitler, y lo que estaba pasando en España. André terminó por encontrar trabajo en la agencia de Hug Block con el que personalmente no tenía buena relación, en parte porque los años sin trabajo ni disciplina laboral le estaban pasando factura a Friedmann, que se había vuelto descuidado, impuntual y respondón. Hug Block se portó bien con Friedmann, pese a todo, del que sabía de qué pie cojeaba, pero también que era un genio en ciernes. Pero Friedmann aprovechó la primera oportunidad para largarse con el fotógrafo húngaro André Kertész, donde tampoco destacó como trabajador y disciplinado, terminando trabajando para otra agencia, que le envió a la Costa Azul para un reportaje. Friedmann malgastó el dinero, hizo unas birrias de fotografías, se lo pasó bomba y volvió

con un millón de excusas y trolas. Llevaba mucho tiempo en el alambre, por decirlo así y estaba a punto de estropearse. La agencia en cuestión quebró y lo único fue que como tenían el local pagado, los dueños permitían a los fotógrafos sin cuarto oscuro, revelar con los equipos que se habían comprado, a cambio de una pequeña cantidad. Friedmann uso todo lo que pudo las instalaciones y jamás pagó un céntimo. Pero era tan bueno vendiendo humo y excusándose que muy poca gente le reprochaba su innata cara dura y su injustificable arrogancia profesional.

Una visita de su viejo protector Guttman en septiembre de 1934 enderezó algo la vida de Friedmann pues gracias a un encargo de trabajo que le ofreció su antiguo mentor, André conoció a la que sería su verdadero amor, la alemana y también antifascista Gerta Pohorylles. André la conoció pues era la amiga de una modelo fotográfica con la que trabajó. Las dos eran refugiadas políticas alemanas y las dos tenían trabajos precarios. Gerta en una jovencita encantadora de seductora sonrisa, que sabía muy bien lo que su cuerpecín empaquetaba. Era inteligente, audaz y divertida, y destilaba una entrañable fragilidad que en absoluto representaba lo que pasaba por su magín. Pues como Friedmann era ambiciosa y prepotente pero lo disimulaba tan bien... Se reunía con refugiados alemanes socialdemócratas que se citaban en uno de los cafés del barrio Latino, que Friedmann había frecuentado en sus peores tiempos en París. Comenzaron siendo buenos amigos, pues ambos tenían otras parejas, pero destilaban una química tan poderosa que tarde o temprano iba a amarse con pasión. En 1935, Friedmann acompañó a un fotógrafo que había recibido el encargo de la revista Vu para un reportaje en el Sarre, la zona industrial y carbonífera alemana que administraba Francia como pago de las deudas de guerra alemanas. Se iba a celebrar un plebiscito para ver si los alemanes del Sarre volvían con Alemania, que ya era nazi, o se quedaban con Francia, que siempre les iba a tratar como franceses de segunda. La realidad es que los nazis ya habían seducido con su parafernalia a la población, y Friedmann aprovechó su verdadera primera oportunidad componiendo un dinámico reportaje lleno de trucos fotográficos, encuadres y montajes que gustaron mucho cuando Vu las publicó. En la primera parte sólo firmó el periodista titular al que André acompañaba, un tal Gorta, pero en la segunda ya se reconocía la autoría de Friedmann en la mayor parte de las fotografías. Aunque su fama no mejoró por ello. Y esto hizo reflexionar a nuestro protagonista que se dijo a si mismo que sus años de bohemia se habían acabado. En realidad se acababan porque estaba encontrando más trabajo que le obligaba a ser más responsable. Además, estaba Gerta para aconsejarle. Corría el año 1935. Su hermano mayor Lázsló murió por enfermedad y su madre Julia se trasladó a Nueva York con parte de su familia ante la imposibilidad de prosperar en Hungría.



La encantadora sonrisa de Gerta y la admiración de André, en París a principio de 1936.

Y de nuevo interviene Simon Guttman a mediados de 1935 para ofrecerle unos trabajos en España para una revista berlinesa que nada tenían que ver ni con el régimen nazi ni con la situación en España durante el bienio negro, sino que se trataba de entrevistar en San Sebastián al boxeador Paulino Uzcudum que se preparaba para boxear con el famoso campeón alemán Max Schmeling. Marchar luego a Madrid y hacer un reportaje al conocido piloto y globonauta teniente coronel Emilio Herrera que pretendía batir el record de ascensión en globo, y de paso al ingeniero español Juan de la Cierva inventor de un curioso avión autogirante. Tras varios dimes y diretes con el excéntrico coronel Herrera, Friedmann optó por marcharse a la Semana Santa de Sevilla con la esperanza de realizar un gran reportaje folclórico, pero donde se quedó sin un duro. Sus viejas artes de sableador salieron al paso y su larga lista de solícitos ayudantes (esta vez un giro de su madre desde New York) le sacaron de apuros. El reportaje de Paulino Uzcudum se vendió bien y Friedmann se fue a holgar a la costa catalana a casa de una ex novia en Tossa de Mar. Su firme determinación de acabar con su vida bohemia no era tan firme. Allí pasó todo un

verano y encima resulta que le caía fetén al padre de la ex novia que además tenía una hermana guapa y simpática. Aquello era vida. Regresó a París, trabajo en algunos reportajes excitantes como incendios en Marsella y luego se reunió con unos amigos entre los que se encontraba Gerta Pohorylles que ya estaba libre de novio en Cannes en la Isla Santa Margarita en cuya fortaleza parece que se encerró en su día al hombre de la máscara de hierro. Allí se enamoraron Gerta y André y ni siquiera se dieron cuenta que vivían como indigentes en el paraíso terrenal, comiendo sardinas en lata y bebiendo elisir d'amore por la mañana, a mediodía y doble ración por la noche. Sí que era vida, sí.

A la vuelta a París, se fue a vivir con Gerta a un apartamento y aceptó bastantes trabajos y cumplió con ellos. Gerta oficiaba de secretaria pero le pidió que le enseñara a manejar la Leika. El caso es que Gerta vendía sus imágenes a las agencias con mucho facilidad, tenía una sonrisa tan seductora... Fue en esa época en que Friedmann realizó sus pinitos con cámaras cinematográficas, en la esperanza de poder ganarse la vida mejor que en la competitiva fotografía periodística o comercial. No salió nada de todo esto y además en diciembre de 1935 André y Gerta hubieron de separarse por incapacidad de pagar el alquiler, se ignora también si fue una ruptura sentimental. Lo que parece probable. André se hartó de esparcir a los cuatro vientos que las navidades sacan lo peor de los sin techo, pues anduvo todas las navidades enfurruñado. Afortunadamente en enero, Simón Guttmann le ofreció varios encargos que le permitieron reconectar con la oficialmente "abandonada" fotografía. Y así al mes siguiente tanto Gerta como Friedmann entraron a trabajar en la agencia Eisner por unos sueldos bajos pero regulares lo que les permitió reanudar su relación y volver a vivir juntos. El trabajo era duro, tres reportajes a la semana, escoger el tema, fotografiar, revelar, componer maquetar y comentar, les llevaba todo el día. Este moderado éxito colmaba mucho las expectativas de la pareja pero también excitaba su imaginación y su ambición. A medias, decidieron crear un personaje ficticio, Robert Capa, un fotógrafo, de éxito americano y rico, llegado a París, y del que supuestamente, André Friedmann sería su ayudante y Gerta su agente. Las fotografías, naturalmente las haría Friedmann. Era una forma de subir el caché y de buscarse un seudónimo comercial de fácil pronunciación, apto para cualquier nacionalidad y alejado de los enrevesados nombres de los refugiados centroeuropeos y que obviaba el origen judío del apellido Friedmann. En realidad no se sabe porque escogieron Robert y Capa, que tal como pensaban funcionar, el nombre en un principio les englobaba a los dos. En declaraciones posteriores, Friedmann aseguró que tomaron el nombre del director americano de cine Frank Capra, un inteligente cineasta de éxito. Lo que sí se sabe es que había otro fotógrafo en París de mejor caché que la pareja, que se llamaba igualmente Friedmann. Para completar la jugada, la propia Gerta cambió su impronunciable apellido Pohorylles por el de Taro, el apellido de un amigo japonés en París, y Gerta por Gerda, más suave. Quedando un aparente Gerda Taro. Es decir, Robert Capa y Gerda Taro, que evocaba conocidos artistas americanos. Decidieron currarse los personajes y cambiar de estilo y vestimentas, y aunque lo consiguieron a veces, no faltaron extrañas coexistencias entre los personajes originales, dos prometedores fotógrafos pero casi indigentes a la sazón, y dos personajes de éxito que supuestamente lo tenían todo. Debieron saltar chispas en la intimidad y entre los más conocidos. Se podrían escribir seriales psicológicos sobre este cuarteto, de larga y austera ascensión al éxito, de corto pero deslumbrante éxito, y de muerte en juventud y en acto de servicio. Personajes extraordinarios, indomables, libres, fieros en sus deseos y ambiciones, que nadie

pudo comprar y por eso surgieron. Cosa imposible en nuestros días, donde te compran por cuatro mierdas desde que eres becario. Mejor, donde te vendes por cuatro mierdas desde que eres becario porque nadie soportaría ya la larga y dura ascensión de André y Gerda y tantos otros artistas y profesionales de entreguerras que pasaron indescriptibles fatigas, penurias y exilios sin perder la lucidez y las ideas.

La llegada al poder en Francia del Front Populaire, que prácticamente coincidió con la victoria del Frente Popular en España, trazó un destino de vidas paralelas. Como en España, las urgentes reformas que demandaba la clase trabajadora francesa, fueron de imposible ejecución, no sólo, por la brutal ofensiva ultraderechista, sino también por la impaciencia de los trabajadores franceses. La situación se repetía en los dos países. Lo violentos grupos y partidos de la extrema derecha nacional francesa agitaron las calles con manifestaciones que terminaban con decenas de heridos e incluso muertos. Esta reacción extrema triunfo si ninguna duda, el gobierno de Leon Blum paso de revolucionario a reformista, y hasta a moderado. Esto ya le había ocurrido a la II República española durante el bienio Azaña. En España, los trabajadores estaban más radicalizados pues se encontraban como clase completamente amiseriados y decepcionados de los gobiernos reformistas de los republicanos de izquierda. Lo mismo pasaba en Francia, solo que el ejército francés no tenía tradición golpista por muy conservador que fuera. Allí, ipor dios! no se daban golpes militares.

Como reportero fotógrafo, André pudo trabajar cubriendo los mítines y manifestaciones de la campaña electoral. En parte fue gracias a Chim, al que la revista Regards envió a España, junto con el escritor Georges Soria. Chim recomendó a sus editores que contrataran a André para que cubriera dicha campaña. Regards pagaba muy mal, y André tuvo que multiplicarse y acudir a todos los eventos. Tras la victoria electoral del Front Populaire, Leon Blum se negó a formar un gobierno interino que sancionara rápidamente las urgentes reformas antes de la toma de posesión, lo que irritó grandemente a la clase trabajadora y por ello se convocó huelga tras huelga, donde la pareja André y Chim, que había vuelto de España, trabajaron de lo lindo. Semanas después, acudieron a la intervención del emperador abisinio Haile Selassie en la Sociedad de naciones de Ginebra. Robert tuvo un golpe de suerte al dejarse llevar por su intuición cuando los periodistas italianos, comprados por Mussolini silbaron e insultaron al Rass y fueron desalojados por la policía y conducidos a la comisaría para su identificación, pero también se llevaron a un periodista español que afeaba la conducta de los italianos, detalle que captó André, y que cuando la policía suiza arrestó y maltrató al inocente periodista, registro en su cámara toda la secuencia. El periodista español era el corresponsal del Heraldo, Manuel Fernández Alvarez, conocido por "Alvar", que moriría poco después en el frente del Alto del León, el 25 de julio de 1936, 17 días después. Gerda envió a la revista Vu todo el reportaje pretendiendo cobrar 300 francos. El director le dijo a Gerda que se dejaran de bobadas que habían visto a Friedmann en el lugar haciendo las instantáneas, pero que aun así el reportaje era estupendo y se lo compraban. Esta fue la mejor manera de realizar la transición de André Friedmann a Robert Capa, era el 8 de julio de 1936.



El periodista Alvar detenido por policía suiza por increpar a la delegación de Mussolini en la Sociedad de Naciones en Ginebra durante la intervención del emperador de Abisinia, Haile Selassie.

España.-

Al estallido de la Guerra Civil española, André y Gerda querían ir a España a trabajar. Un conocido suyo, Hans Namuth, enviado por Vu para cubrir las Olimpiadas Populares de Barcelona, ya se encontraba allí. De momento todo se torció, la madre de André y su hermano menor, Kornel, viajaron a Paris y André tuvo que preocuparse de su hermano menor, al que enseñó las artes del revelado para que pudiera ganarse la vida. Además Julia, la madre de André y Gerda no se aguantaban mucho. A mediados de agosto les consumía su impaciencia viendo que algunos amigos ya se encontraban en Madrid y Barcelona, cubriendo los vertiginosos acontecimientos. En concreto, Chim llevaba desde abril cubriendo España. La revista Vu preparaba un número especial sobre la Guerra Civil española, y para ello Lucien Vogel fletó un avión en el que incluyó a Robert y a Gerda. El avión tuvo un aterrizaje accidentado y hubo heridos y Vogel se rompió un brazo, André y Gerda salieron ilesos y partieron para Barcelona. La ciudad les impresionó, el pueblo la había tomado y circulaba por la ciudad armado y poderoso. Las

industrias, el comercio, los hoteles, la banca, todo había sido nacionalizado por la omnipresente CNT, y el gobierno se mantenía a la expectativa en la espera de que no fuera barrido de un plumazo. Las fuerzas de orden público también se mantenían discretamente, pues aunque el verdadero mérito de aplastar el golpe militar había sido suyo, nunca lo hubieron conseguido sin los milicianos, que además, habían crecido militarmente tanto, que era imposible intentar otro orden público que no fuera el del Comité de Defensa de la Revolución y el del Comité de Milicias Confederales. Para empezar, las actitudes y la vestimenta era fundamentales para sobrevivir en la Barcelona revolucionaria del verano de 1936. Había que vestir el obligado mono azul de trabajo. Nada de sombreros ni por supuesto corbatas. El trato de tú y compañero para arriba y para abajo.



Guardias de Asalto del Cuerpo de Seguridad de la República saludan desde el tren que se dirige al frente de Aragón. Barcelona, agosto de 1936. A destacar el lema apresuradamente pintado y un tanto cursi para la Guardia de Asalto. Muy CNT-FAI

En Cataluña, Barcelona, principalmente, había varias facciones revolucionarias en lucha, pero nadie igualaba a

la CNT y su mentor, la radical FAI. Estaban los comunistas del PSUC, sus más directos rivales, luego y el POUM, simpatizante de Trosky, pero con buenas relaciones con los anarquistas. Finalmente estaba la pequeña burguesía catalana, representada en partido Izquierda Republicana de Cataluña (ERC) que tenía mucho más poder del que parecía, al controlar las fuerzas de orden público y la maquinaria administrativa, pero, prudentemente esperaba tiempos mejores. André y Gerda se encontraban a sus anchas una vez que aprendieron las reglas de supervivencia en aquella Barcelona revolucionaria que no tenía mucha piedad con los disidentes y los enemigos. Hicieron muchísimas fotos, tanto a milicianos, siempre gustosos de ser fotografiados, siempre con la sonrisa del pobre ante la cámara como a la propia ciudad. Fotografiaron Iglesias, sus restos más bien, edificios incautados, cuarteles igualmente. Tras conseguir pases oficiales (Del Comité, claro), recibieron un auto incautado donde pintaron "Prensa" y partieron para el frente. No sabemos si en Barcelona coincidieron con su amigo Chim del que consta un reportaje en agosto de 1936 en esta ciudad. El caso es que en el frente de Aragón confeccionaron instantáneas ambos, siendo bastante difícil identificar de quién. El frente de Aragón estaba prácticamente inactivo en esas fechas y decidieron partir para el de Huesca, aunque tampoco hubo mucha suerte y tras una serie de imágenes de retaguardia se desplazaron a la columna del POUM donde sabían había voluntarios alemanes en la Centuria Thälmann. Luego en el Puesto de Mando de la columna del POUM, tampoco había mucha actividad, así que se dedicaron al retrato de guerra, dejando un buen repertorio de semblantes proletarios y campesinos.

Decidieron marchar a Madrid, donde se combatía en la Sierra. El gobierno afirmaba victorias en Córdoba y para allá se fueron, parando antes cerca de Talavera que estaba a punto de caer y donde nos les dejaron pasar. Decidieron visitar también Toledo y El Alcázar donde los milicianos tenían sitiados a los rebeldes. Desde ahí llegaron a Cerro Muriano, donde André forjaría su carrera de fotoperiodista de guerra, con una foto casual, eso sí desde muy cerca, como a él le gustaba. En Cerro Muriano estuvo la flor y la nata del foto periodismo de guerra, además de nuestra pareja, estuvieron, días después, Hans Namuth, Franz Borkenau y Georg Reisner. Pero no tuvieron tanta suerte como Capa. De la famosa fotografía, "Miliciano abatido" o "Muerte de un miliciano", hay toda una historiografía de todo calibre y color. Se sabe incluso en nombre del miliciano muerto, de donde era y otros hechos fundamentales. Lo evidente es:

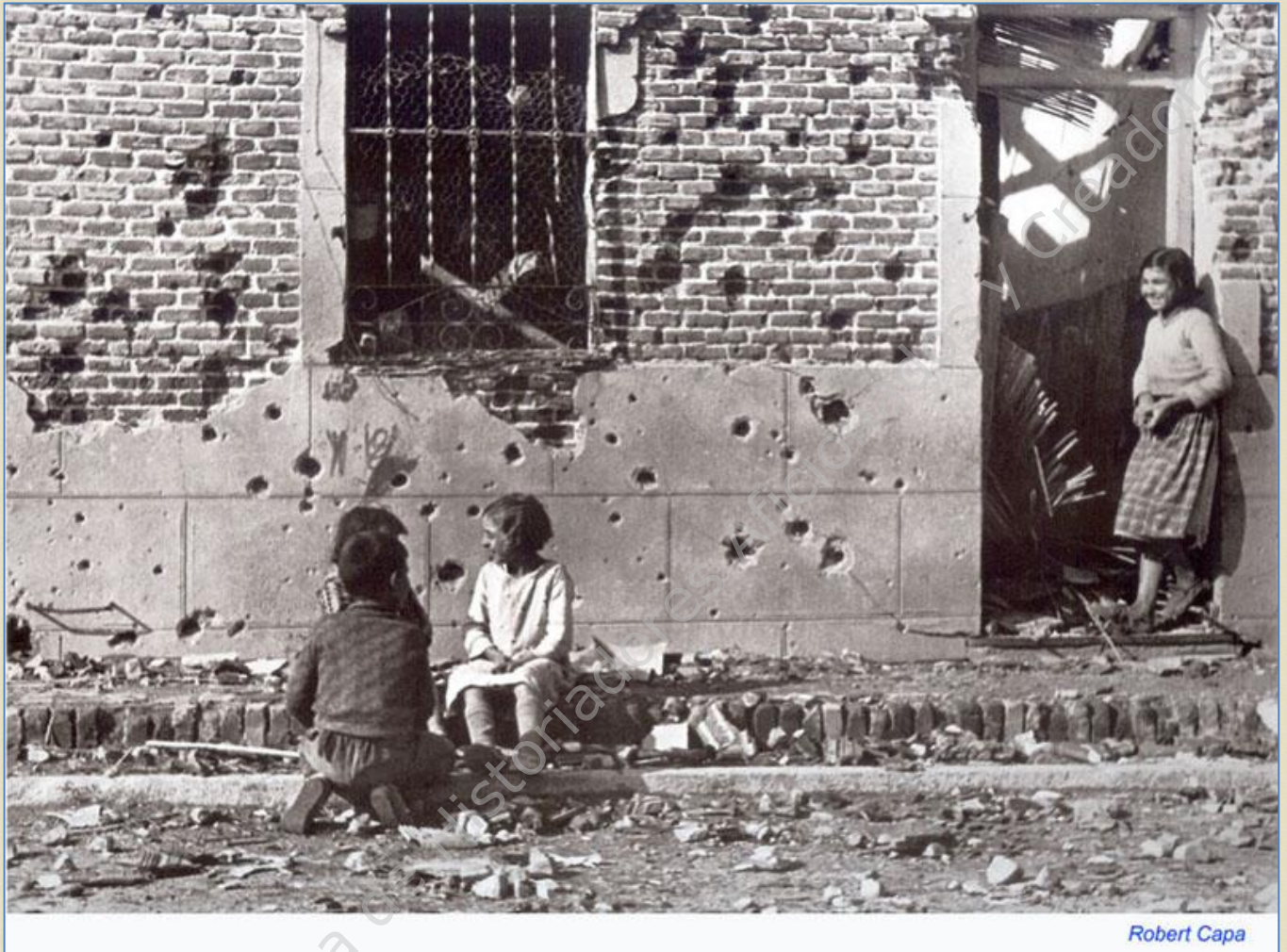
Cara y Taro llegaron a Cerro Muriano el 5 de septiembre y ese día no había combates pero consiguieron poner a los milicianos de la CNT a correr, trinchera arriba y abajo. Eran las cinco de la tarde. No era una reconstrucción, sino posar un poco a lo loco. Los milicianos realizaron algunos disparos y tras bajar la ladera, volvieron a subir al barranco que los protegía. Federico Borrell, un miliciano de Alcoy incorporado a la columna de la CNT, y al menos otro compañero se levantaron para que Capa los retratara y en ese justo momento, el enemigo, alertado por el jaleo, lanzó una ráfaga de ametralladora, una de cuyas balas acertó en la cabeza a Federico, fue puro azar y cercanía. Pero André estaba allí, en primera línea de fuego y el muerto podía haber sido él mismo. Parece que cayeron dos milicianos por las misma ráfaga y que Capa tuvo la sangre fría de rebobinar el carrete, volver a enfocar y disparar al segundo muerto.



Muerte de un miliciano. Federico Borrell arriba, y otro miliciano también abatido un poco más a la derecha de Borrell por la misma ráfaga.

Ha habido mucho malicioso que ha tratado de manchar el buen nombre de Capa con esta imagen que le dio fama. Es cierto que André, todos los reporteros lo hacían, solicitaban a los oficiales de las columnas que escenificaran alguna acción si llegaban en momentos de calma, pero nada tenía ver eso con fingir una muerte en directo. Gracias a las memorias de un veterano republicano Mario Brotóns Jordá, paisano del miliciano muerto, sabemos la verdad. El protagonista murió ese día. Nuestra pareja volvió a Toledo en la espera de la caída de El Alcázar, pero el famoso túnel, mina en realidad, fue un fiasco. André y Gerda volvieron a París, donde les fueron publicadas muchas fotografías en destacadas revistas ilustradas de toda Europa, pero muy pocas con sus

nombres. Afortunadamente "Muerte de un miliciano" fue firmada en Vu y Capa recibió los honores que merecía. Era un foto periodista de guerra inigualable que había hecho la instantánea de guerra más dramática hasta la presente, y fue así porque cuando la muerte se abalanzó sobre Federico Borrell, valiente voluntario de la República española, André estaba allí. André y Taro regresaron a Paris a finales de septiembre de 1936, dice su biógrafo Whelan, algo mohínos, además de no conocer todavía el valor de la instantánea "Muerte de un miliciano", no habían podido hacer ninguna fotografía de un éxito republicano. En Paris André siguió los mítines de la izquierda, algunos con gran disgusto al ser manipuladas sus fotografías por los nuevos dueños de la revista Vu, que se orientó a la derecha. La batalla de Madrid animó a André a regresar a Madrid, aunque sin Gerda. Llegó el 18 de noviembre cuando la situación de Madrid ya se había resuelto a favor de los gubernamentales. Aun así los combates eran intensos y los bombardeos aéreos y artilleros contra la población mañana tarde y noche. André estuvo en el frente madrileño y contó que sólo tenía que coger el tranvía, atestados de milicianos que se dirigían a reforzar la trincheras, para llegar a la primera línea de fuego. En la Casa de Campo congenió con el general Lukacz jefe de la XII Brigada Internacional y también con su comisario político el escritor alemán Gustav Regler. Lukacz, no se sabe con qué intenciones, animó a André a que saliera en descubierta con una patrulla de exploración. El pobre André, que se enfrentaba a su primera experiencia bélica de verdad, tiros, silbidos de obuses morterazos próximos, muertos y heridos, se le descompuso el cuerpo. Horas después, se unió al batallón Thälmann de la XII B.I. compuesto de comunistas alemanes que se defendían con valor en la Ciudad Universitaria. Un temporal sacudió Madrid en noviembre y la vida en las trincheras y en la capital prácticamente sitiada se complicó, con epidemias de gripe, y pulmonías tanto entre soldados como en la población civil. En una salida con la XI Brigada Internacional André quedó atrapado junto con un pelotón de internacionales durante dos días. Tras el retorno a la capital acudió al barrio de Vallecas donde se habían producido dramáticos bombardeos. Ahí André hizo la magnífica fotografía de las niñas sentadas en la acera frente a la fachada de la calle Peironcely que todavía existe en la actualidad. Los niños ríen, sigue la vida, pese al brutal escenario. Magnífico Capa.



En la primera semana de diciembre, André regresó a Paris. El recibimiento en los medios confirmó al fotógrafo que, por fin estaba en la cumbre, con los mejores. Y eso le daba margen de maniobra para poder exigir respeto por su obra.

En enero André regresó a Madrid de nuevo solo y regresó muy poco satisfecho. En febrero, esta vez con Gerda, partió para Almería donde estaban llegando miles de refugiados de Málaga tras haber sido bombardeados a sangre fría por el crucero Cervera y por la aviación hispano italiana, en lo que se bautizó como la carretera de la muerte. Allí estaba por cierto, el médico canadiense Bethune, inventor de un sistema de transfusión de sangre portátil listo para ser usado en primera línea. Parece que Gerda y André llegaron tarde al desastre humanitario y que enviaron a la revista *Regards* imágenes que pertenecían al primer viaje de André en España. Partieron luego para el Jarama donde les aseguraron que se combatía con fiereza, pero también llegaron tarde. Así que volvieron a fotografiar la retaguardia republicana.

Sucedió entonces que un grupo de editores fundó un diario "Ce Soir" de la tarde que quería competir con el afamado *Paris-Soir*, y cuyo director, Louis Aragon, ofreció un trabajo fijo a André y también a Taro. La línea

editorial era partidaria del Front Populaire francés. André aceptó con la condición de poder ofrecer sus fotografías a otras publicaciones. El fotógrafo quería tener las manos libres sobre su obra, pues había sido muy maltratado por la revistas de la época. Así que regreso a París sin Gerda. Fundó una agencia para poder gestionar su obra e inició esta nueva etapa profesional sin Gerda. Ambos estaban distanciándose profesionalmente. Gerda estaba cansada de que sus fotografías se publicaran como si fueran de Robert Capa y decidió venderlas como Photo Taro, pese a que Capa nominó las fotos de febrero en España como "Reportage Capa & Taro".

Esto clarificó adecuadamente su relación profesional y dado que trabajaban muy bien juntos pero no revueltos, la asociación siguió adelante. No así la sentimental, donde Gerda defendía rabiosamente su independencia. Se dice que Gerda rechazó una oferta de matrimonio de André. Gerda sabía probablemente que lo que les estaba funcionando tan bien profesionalmente, acabaría fatal si se convertían en matrimonio. André se aguantó pero no le hizo ninguna gracia. El cínico aventurero y castigador de mujeres había quedado enamorado de una mujer verdaderamente independiente que sabía muy bien lo que quería.

A continuación André emprendió viaje en auto al Pirineo con un compañero donde fue confundido con un traficante de armas republicano por su manía de llevar un chaquetón de miliciano que había adquirido en Madrid. Partieron luego hacia Biarritz donde pretendían investigar las actividades clandestinas nazis. Tras unos días en Bruselas cubriendo las elecciones donde participaba Léon Degrelle, un cachorro hitleriano belga, Ce Soir le envió a Madrid de nuevo, y con Gerda, que tras unos días de descanso en Paris, se apuntó al viaje. Se alojaron en el Hotel Florida que era el centro de encuentro de escritores y periodistas extranjeros, por su cercanía a la Oficina de Prensa del edificio de la Telefónica que regentaba con mano de hierro, el insigne escritor Arturo Barea. En el hotel Florida, que era muy a menudo bombardeado, conocieron André y Gerda a la creme de la creme de los escritores e intelectuales partidarios de la República. Estaba Hemingway, que se interpretaba a sí mismo, estaba el elenco de la película "Tierra de España" de Joris Yvens, que contaba con la presencia de John Dos Passos como guionista que ya conocía España de un par de ocasiones anteriores y que no tardaría en discutir amargamente con Hemingway por el destino de José Robles Pazos, intelectual español que había traducido del inglés "Manhattan Transfer". José Robles oficiaba de traductor del adjunto al embajador soviético Vladimir Gorev, es decir jefe de la Policía Política soviética. No se sabe cómo fue la desaparición y presunto asesinato de este ferviente republicano español, José Robles, pero lo más probable es que fuera eliminado por haber comentado públicamente actividades secretas de la misión soviética en España. El caso es que a John Doss Passos, y con razón le amargó la estancia en España y en una celebración de las BB.II. Tuvo una impresionante trifulca con Hemingway por este motivo, inquebrantable en su apoyo a la República, pero también vividor, borrachín, mujeriego y sobreactuado. En el hotel Florida las noches era muy movidas, muy excitantes, entre alcohol, mujeres, historias relatadas entre licores, bocadillos secos y detonaciones cercanas, donde la intelectualidad mundial que apoyaba la lucha del pueblo español, se relajaba del duro trabajo.

André conoció a un periodista extraordinario, Herbert Mathews, que cubrió prácticamente toda la guerra para el New York Times. Mathews era un tipo muy sólido, pese a su aparente timidez y no se le escapaba una. Con Hemingway, André, estableció una relación, de padre-hijo que era la única que podía funcionar, pues Hemingway

era el rey de copas en este negocio y André era una sota, pero no la de oros. André quería visitar el frente vasco que era el que estaba en actividad en abril de 1937, pero desde Madrid era imposible. La pareja regresó a Paris y André consiguió que Ce Soir le enviara a Bilbao de corresponsal. Se despidió de Gerda y partió para Biarritz y desde allí en una avioneta comercial hasta Bilbao burlando el bloqueo aeronaval rebelde. Era mayo de 1937 y los franquistas atacaban intensamente el frente bilbaino. André que ya tenía bastante experiencia bélica hizo un estupendo reportaje del frente y de la retaguardia bombardeada, destacando la fotografía de la madre de la mano de su hija corriendo para el refugio y con el abrigo mal abrochado.



R. Capa

Bilbao, la Gran Vía bajo los bombardeos. Corriendo al refugio con el abrigo mal abotonado...

André confeccionó un importante reportaje que fue enviado el día 12 de mayo por avión a Francia, mientras él seguía con su trabajo. Regard lo publicó bajo el título, "Bilbao bajo el fuego". El 15, las autoridades vascas notificaron a los enviados y prensa extranjera que cogieran el último avión para Francia. El enemigo, estaba a las

puertas. André ignoró el aviso, aunque entregó todo su material menos la Leika al piloto del avión. Y pocos días después se dio cuenta de su error y cogió un barco de pesca abarrotado y burlando el bloqueo del Cervera llegó a Bayona, donde sus compañeros de profesión cubrían una boda de famosetes británicos (Jessica Mitford y Esmond Romilly), él, sobrino de Churchill y antifascista veterano de las BB.II., y ella, también, conocida aristócrata de ideas poco convencionales para su estatus, que tenía una pluma extraordinaria para su edad. André estaba sufriendo una crisis personal y laboral. Gerda iba a su manera y los redactores de Ce Soir le encargaban demasiados trabajos que le aburrían en Francia y le limitaban mucho profesionalmente. Decidió entonces independizarse y buscar nuevas salidas. Para empezar convenció a los editores del conocido documental "The March of Time" para que les prestaran una cámara portátil de cine con la que hacer sus pinitos en España. Era este un capítulo que André tenía en su deber, pues siempre le había interesado el cine y los documentales. Ni corto ni perezoso tras obtener los visados, cogió sus cámaras y la de cine y se reunió con Gerda en Navacerrada con la intención de filmar la ofensiva de la Granja que el Ejército Popular preparaba para aliviar la situación del Frente Norte. Ambos se comportaron con gran valentía y rodaron y fotografiaron todos los que se puso a tiro. pero en cuanto a la cámara de cine, la manejaban como fotógrafos, es decir filmaciones de pocos segundos, lo que las arruinó.

Tras esta malograda ofensiva republicana, se dirigieron a Madrid que estaba siendo bombardeada con furia. Confeccionaron un interesante reportaje sobre dinamiteros en el barrio de Carabanchel y partieron para Peñarroya donde los franquistas trataban de capturar Almadén. Llegaron al Cuartel General del batallón Internacional Chapaiev y la tropa realizó un simulacro de ataque a un pueblo que realidad había sucedido tiempo antes. La cosa quedó muy efectista, y además todos contentos, mandos y tropa parece que se lavaron y afeitaron por mor de la guapa fotógrafa, y André y Gerda les encantó el simulacro, casi más real que la batalla, en palabras de André. Esta fue la última vez que André y Gerda trabajaron juntos. André marchó para Francia para crear un estudio que le representara personalmente y poder vender su material sin intermediarios. Gerda se marchó a Madrid a la casa de la Alianza de Intelectuales Antifascistas Españoles que tan buenos recuerdos le traía, pero tenía sus ojos puestos en el II Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura que había sido trasladado de Madrid a Valencia. Gerda realizó buenos reportajes y en eso estaba cuando se enteró de la ofensiva republicana en Brunete, para allí se fue y se cubrió de gloria fotográfica corriendo, según todos los testigos, graves riesgos. Sobre el 10 de julio marchó a París para unos días de descanso llevando sus materiales. Celebró el 14 de julio con André y tras ser reclamada por Ce Soir para confeccionar un nuevo reportaje de Brunete partió para Madrid con la intención, de a la vuelta, tratar el viaje a China que tanto quería hacer André. Pero Gerda no volvió, pese a correr tantos graves peligros, se sabe que fue directamente ametrallada por un caza alemán que vio el destello de su cámara, sin consecuencias, entre otras, y como decimos, fue el día 26, en plena retirada de Brunete, cuando después de trasladar a un herido a un puesto de socorro, Ted y Gerda se subieron al pescante del coche del General Walter, cuyo chofer se estaba ocupando de evacuar heridos de la 35 división al puesto de Socorro de la división en El Escorial. Coincidiendo con la presencia de una sección de tanques rusos en la zona que se desperdigaron por el ataque aéreo alemán, uno de los tanques el que conducía el español Aníbal González patinó en la carretera y aplastó el coche de Walter y Gerda quedó gravísima y Ted muy herido, todo ello en medio de un

fortísimo ataque aéreo. Gerda llegó moribunda al Hospital y allí murió. Ted pudo recuperarse más adelante, aunque casi pierde una pierna.

La conmoción entre la prensa nacional y extranjera en Madrid fue tremenda. La pequeña rubia francesa era la primera corresponsal de guerra muerta en acción. La despedida fue impresionante tanto en Madrid como en París. André Friedmann, ya definitivamente Robert Capa, quien no pudo soportar el funeral de Gerda, cuando el padre de ella se puso a cantar su salmodia en hebreo, estuvo a punto de desmayarse y sus amigos se lo llevaron a un estancia apartada donde rompió a llorar desconsoladamente. Robert Capa tardó en hacer el duelo y este suceso le cambió completamente el carácter, pues el fotógrafo decidió que no sufriría más por nadie. Capa volvió al trabajo, luego de algunos viajes. Joris Yvens le ofreció la oportunidad de viajar a China para rodar un documental sobre esta cruel guerra. Joris entendía que esta era una buena forma de que Capa se olvidara de sus penas y de paso podrían aprovechar los contactos de Capa con Life y otras revistas para publicitar y financiar su proyecto. Pero antes marchó a Teruel donde cubrió esta dura batalla en primera línea. Allí se encontró con su amigo Mathews que iba y venía a Teruel desde Valencia en su coche particular. De modo que se fue con ellos a Valencia. E iba y venía con ellos. En Nochebuena parece que camino de Barcelona Capa y Mathews, la radio franquista dijo que Teruel había sido reconquistado, de modo que decidieron volver sobre sus pasos para ver si era verdad.



En el "haiga" de Mathews

Aquel día nevó profusamente, más de 80 cm. En el puerto del Escadon, los periodistas hubieron de empujar el coche durante horas. Cuando llegaron a Teruel encontraron que no era cierto y que la ofensiva franquista había quedado detenida por la nieve y el frío. A buenas horas pues una de las divisiones anarquistas se había retirado de

la ciudad sin órdenes. El caso es que Capa hizo algunas fotografías y acompañó a los dinamiteros republicanos que rindieron los últimos restos de resistencia franquista en el edificio del Gobierno Civil. El reportaje fue publicado por *Regards*, *Ce Soir*, y también por *Life*.

A continuación Capa partió para China pese al deplorable estado de sus finanzas, y para ello tuvo que pedir favores a todo el mundo. Hasta Hemingway presumía de haberle prestado dinero. Partió el 21 de enero y tras una larga travesía tocando muchos puertos, arribaron a Hong Kong el 16 de febrero, uniéndose a Yvens y poniéndose en ruta para Han-kou sede del gobierno de Chiang Kai-Chek. Allí la esposa del generalísimo chino les impuso una disciplina de hierro impidiéndoles ir a visitar el territorio controlado por los comunistas que era lo que el equipo quería. Todos estuvieron un poco presos durante un tiempo. Partieron luego para el frente donde la situación no cambió pues siguieron en la retaguardia hasta que los chinos les dejaron visitar una ciudad liberada y una de sus primeras victorias contra los japoneses. En el ínterin Capa comenzó a aprender inglés y maldijo a un compañero fotógrafo que trabajaba en *Life* por adelantársele al enviar sus fotografías a *Life*. Entre idas y venidas, autorizaciones y escapadas de Capa, la situación se volvió deprimente para Capa, pese a que trabó amistad con la activista Agnes Smedley que trabajaba de periodista y simpatizaba con la causa del pueblo chino, especialmente los comunistas. Y es que todo eran quejas y problemas. No había manera de hacer buenos revelados y las placas y los negativos se echaban a perder, después de lo que había costado obtenerlos. El famoso competidor de *Life* (Bosshard) ya había estado en Yunnan. En Zhengzhou obtuvo terribles imágenes de los refugiados que huían de los bombardeos. Luego pudo retratar al propio generalísimo Chang. Días después enfermó de disentería y para colmo Bosshard regresó de Yunnan con el reportaje que a él le hubiera gustado hacer. Más bombardeos, escenas de fuego y bomberos, y nada más. Cuando Yvens y su equipo regresaron a Nueva York, Capa quedó libre y se las compuso con otro fotógrafo que venía de Yunnan para vender imágenes de uno y otro como si ambos hubieran estado en todos los sitios. Después vino la agonía de la capital de Chang, Han-kou, que como Madrid anunciaba su fin entre violencia y desmoralización, donde los reporteros extranjeros se agruparon para superar el trance y tratar de olvidar lo que pasaba a su alrededor, sintiéndose como unos privilegiados, casi, casi a salvo en sus hoteles. Por cierto que Capa trabajó con película en color, con carretes que había pedido especialmente para la ocasión. Dicen que fue la primera vez que se hizo fotografía en color en el reportero de guerra. Después decidió regresar a París, aunque Bosshard decidió quedarse y ver la caída de Han-kou. Era finales de septiembre de 1938. La visita a China de Capa fue bastante frustrante, nunca pudo confeccionar la exclusiva que le había prometido a *Life*.

En París, Capa al enterarse de que las BB.II. salían de España por decisión del gobierno de Negrín para complacer a la Sociedad de Naciones y facilitar así el entendimiento con los franquistas, tuvo un arrebató y decidió partir para Cataluña para enseñárselo al mundo. El 16 de octubre en Falset presencié la parada de despedida del frente de Brigadas Internacionales. En Barcelona se encontró con Chim y juntos partieron a la despedida oficial en Les Masies, provincia de Tarragona, donde Capa confeccionó un importante e histórico reportaje, que se complementaría con el multitudinario desfile militar y de las Brigadas Internacionales en Barcelona. Unos hechos históricos pero tristes que apretaron las gargantas de los barceloneses y las llenaron de emociones contradictorias, tanto agradecimiento, tanto cariño en horas tan bajas. Casi medio millón de personas se congregaron en este

acto. El gobierno en prevención de ataques aéreos desplegó toda la fuerza de caza que le restaba en la ciudad. La prensa extranjera se reunía en Barcelona en el Hotel Majestic. La fiesta de la prensa le permitió a Capa hacer amistades muy interesantes ahora que se defendía en inglés. Cuentan que Capa estaba en su salsa con su chapurreo inglés pero un poco fuera de lugar entre tanto corresponsal ilustre, siendo el un simple fotógrafo y que vio a una hermosa chica, Dinah Forbes-Robertson casada con un conocido periodista americano de éxito. Y que la chica estaba sentada, aburrida, aún más fuera de lugar que el fotógrafo y deseando alguna tarea para la causa republicana. De modo que Capa le propuso irse al Ministerio de Propaganda a ver que sacaban, donde se entrevistaron nada más y nada menos con la gran Constanza de la Mora, a la sazón Directora de Propaganda. Como así fue, y Dinah inició trabajos literarios en defensa de la población republicana desamparada por la guerra, y posteriormente se convertiría en una gran escritora. También dicen los biógrafos de Capa que entabló relación amistosa con la amante de Hemingway, Marta Gellhorn, y futura esposa. Marta Gellhorn era una sólida periodista independiente de su protector, al que no necesitaba para nada. Capa y Marta mantuvieron una relación amistosa, no sentimental, que les fue muy satisfactoria.

A principios de noviembre Capa, Mathews y Hemingway y algún otro periodista extranjero hicieron una vista a la cabeza de puente de Mora la Nueva, donde la división de Lister mantenía con dificultades sus posiciones. Hubieron de atravesar el río en barca y tras obedecer el requerimiento de Lister de que se marcharan urgentemente ante la inevitable retirada general, la barca para cruzar de nuevo el río quedó atrapada en remolinos que los barqueros no podían remediar. Hemingway el fuerte, tomó los remos y les sacó de allí. Era su papel, grande y forzado americano, salvador del mundo. Al día siguiente el Ejército Popular emprendió una ofensiva para aliviar a las tropas de Lister, con una brigada de Infantería de Marina y otras tropas se vadeó el Segre con la intención de atraer tropas rebeldes. Capa y sus compañeros periodistas estuvieron allí. El reportaje de Capa se publicó en Life y otras revistas de prestigio, pues era muy bueno. Tras este trabajo, agotado, Capa se cogió unas vacaciones en casa.

Capa volvió a Cataluña el 10 de enero, pero tras una fugaz visita a la división de Lister, pasó el resto del tiempo en Barcelona donde los acontecimientos se detonaban dramáticos entre la aterrorizada población que empezaba a pensar en marchar a la frontera huyendo de la previsible venganza franquista. En un ambiente tan plomizo, los periodistas también sentían la presión y la camaradería profesional era lo único que funcionaba para soportar estas situaciones. Capa, Mathews y Marta Gellhorn, y otros se quedaron en la ciudad a la espera de los acontecimientos. El gobierno decretó la movilización general de todos los hombres entre los 16 y los 50 años. Capa tomó fotografías de este evento. Les dijeron que una multitud de refugiados venía por la carretera de la costa provenientes de la provincia Tarragona. Para allá fueron y, espantados asistieron al bombardeo de la Legión Condor de las largas columnas de refugiados. Este tiro al blanco de civiles lo venían practicando las tres fuerzas aéreas enemigas de la II República, a saber, Legión Condor, Aviación Legionaria, y la Brigada Aérea Hispana. Lo venían haciendo, digo, desde las retiradas republicanas en el verano de 1936 en el valle de Tajo e incluso del Guadiana, pasando por el Norte, Almería (con la participación estelar del crucero Cervera), Cataluña, etc... Era muy deprimente para un reportero de guerra contemplar impotentes estos crímenes de guerra, y a Capa, que tenía sus esperanzas y simpatías en el pueblo español, y que se había hartado de sufrirlo en China, estas cosas le

hundían.

A finales de enero, en Barcelona, las tres flotas aéreas rebeldes bombardeaban de día y de noche con ataques a cada cuarto de hora. La población estaba enloquecida. Y nuestros amigos también. Era el terror, puro terror para desmoralizar al pueblo republicano e impedir que la ciudad se comportara como Madrid. Capa y sus amigos pasaban las noches vestidos y encerrados en el hotel. Al enterarse de que los franquistas habían cruzado el río Llobregat, Mathews preparó su legendario coche para alcanzar la frontera. Para los americanos, la delegación, había contactado con el crucero Omaha que atracaría en el puerto de Barcelona bajo una inmensa bandera norteamericana para evacuar al personal diplomático y todos quienes aportaran pasaporte de esta nacionalidad. Life avisó a Capa que como su empleado, tenía derecho a embarcar en el crucero. Pero Capa desechó la oferta y partió con Mathews a Figueras donde pensaba retratar este gigantesco éxodo del pueblo catalán y republicano. A todo esto, la frontera seguía cerrada. genuina ayuda francesa al pueblo español.

En Figueras la situación era caótica. En una improvisada Oficina de Prensa del precario gobierno republicano los periodistas que quedaban pudieron realizar su trabajo en un escenario del fin del mundo que aplanaba los corazones más robustos. Para el 28 de enero la frontera se abrió y una multitud de civiles se internó en Francia, desbordando, naturalmente, las ridículas previsiones del gobierno francés. Capa se fue a su casa parisina y estuvo casi un mes apático, con una depresión que le venía desde la muerte de Gerda agudizaba por el frustrante viaje a China y la suerte en las armas de la niña de sus ojos, la II República española.

En febrero, los restos del Ejército Popular en Cataluña atravesaron la frontera y fueron internados en campos de alambradas, en playas inhóspitas, sin ningún recurso sanitario o alimentario. Capa a su pesar decidió visitar el campo de Argelès-sur-Mer, donde la degradación de sus más de setenta mil internados llegaba al escándalo, pero, como comprobó Capa, la dignidad de los pueblos derrotados pero no vencidos, afloraba en cada rostro que Capa fotografió. Los soldados del Ejército Popular llevaban un mes sobreviviendo en condiciones dantescas, muriendo de enfermedades y sin poder moverse de aquellas hirientes arenas en un frío y ventoso febrero con albergues completamente improvisados. Aún Capa pudo confeccionar otro reportaje en relación con los niños españoles refugiados en Francia, que las fechas, ya mayo, habían mejorado mucho. Capa no volvió a España. Cubrió una guerra tras otra, la Segunda Guerra Mundial, la primera Guerra árabe-israelí, Indochina, y Vietnam, donde murió alcanzado por una mina en 1954, Tenía 41 años y nadie había vivido lo que él y mucho menos cómo él.



Robert Capa

Bilbao, mayo de 1937, madre e hijas sentados sobre sacos terreros hacen labores de ganchillo y se protegen del sol primaveral.



R. Capa

Ofensiva del Segre, octubre de 1938.. Soldados republicanos en un descanso de la batalla. De espaldas el inefable Hemingway



Robert Capa

Les Masies. Voluntarios internacionales saludan y cantan la Internacional cuando termina el discurso del presidente del gobierno, doctor Negrín. 25 de octubre de 1938



Una columna de soldados republicanos presos en Argelès-sur-Mer son conducidos por la playa en dirección de un campo en mejores condiciones. Mayo de 1939